

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 19 DE ENERO DE 1905

NUM. 478



ESTE ES UN GOBIERNO PARLAMENTARIO

D. MARCELO.—SEÑORES, CREO QUE DEBEMOS IR A LAS CORTES EN BREVE.

TODOS.—MUY EN BREVE.

D. MARCELO.—¿EL DÍA 22?... ¿EL 29?... ¿EN FEBRERO, Á MEDIADOS DE...?

TODOS (AZARADÍSIMOS).—¡CARAPÉ, CARAPÉ! ¡QUÉ CONTRARIEDAD!... ¡EL CASO ES QUE ESO DE LA FECHA...!

D. MARCELO.—EA, DÉCIDÁMONOS DE UNA VEZ: ABRIREMOS LAS CORTES EL 30 DE FEBRERO.

JUEVES DE GEDEÓN

Caramba, cuánto bueno y cuánto gordo por esta casa! ¡Mi excelente don Marcelo! ¡Qué honor para mí, para mi can, para Calínez y toda su familia!

—Gracias, gracias, Gedeón, por su afectuoso recibimiento. Vengo a consultarle.

—A mucha honra. Pero siéntese usted. No, en esa silla no. Es demasiado chica para usted. En esa butaca tampoco: está algo resentida; podríamos tener un disgusto.

—¿Dónde me siento entonces?

—Tiene usted razón; no encuentro artefacto apropiado. Mis muebles ignoraban que iban a recibir la visita de un Presidente del Consejo con tantas arrobas como usted, y francamente... ¡Ah! en la antesala tengo un banco azul; le diré a Cóngriez que lo traiga.

—¿Sentarme en un banco azul? Usted quiere mi muerte.

—No lo crea usted, D. Marcelo; es muy sólido, fortísimo. No hay peso que lo hunda. Resistió a Rodríguez San Pedro, y hablando. ¡Cóngriez! ¡Cóngriez!

—No, no le llame usted. Probaré a colocarme en esta butaca de media anqueta, lo mismo que estoy en el Gobierno. ¡Ajajajá! Ya colé la mitad.

—Pero cruje.

—Más cruje Romero Robledo y le aguanto.

—Como usted quiera, D. Marcelo. Permítame que le ofrezca una breva excelente.

—No, muchas gracias, no fumo más que colillas de los otros. Unas veces colillas de Silvela; otras, colillas de Maura... Soy como los golfos: más que tabaco, chupo saliva. Encienda usted su breva, y cuando la tenga a punto de concluir le daré unas pocas chupaditas. Lo que sí me va a perdonar es que me desabroche; estoy reventando.

—Sí, señor, todo lo que usted guste. Quítese el cinturón, aflójese los tirantes, desabróchese los pantalones; está usted en su casa.

—¿Cómo le agradezco a usted esas finezas! ¡Ay, Gedeón de mi alma, todos los trabajos y penalidades inherentes al cargo de jefe de Gobierno los sobrellevo con resignación cristiana, menos éste de apretarme la cintura! Cuando no gobierno, dejo veintidós puntos más al cinturón. ¡Aquello es la gloria! Pero apenas me llaman a que caiga el partido del Poder, tengo que apretarme el talle como los toreros cuando se ponen el traje de luces, y paso unos tormentos horribles.

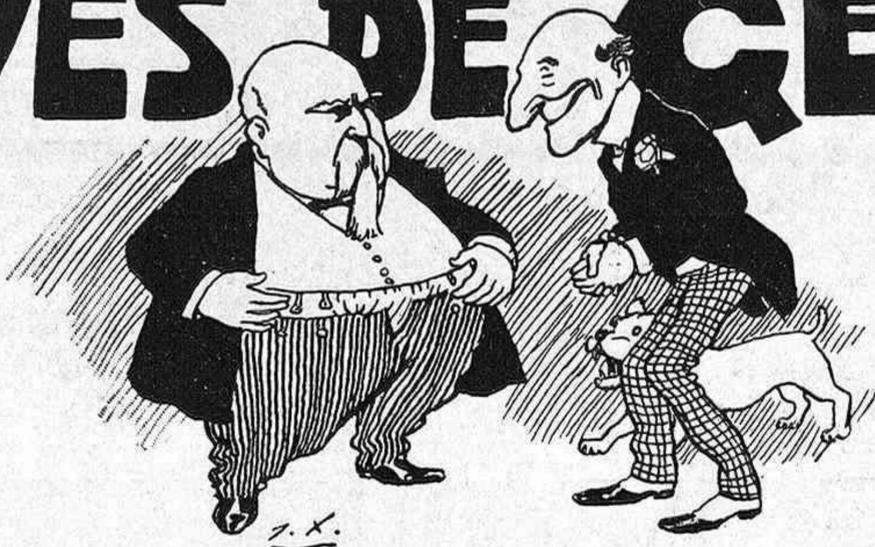
—Lo comprendo perfectamente.

—Y lo bueno del caso es que todavía los periódicos de oposición me tachan de neo y de reaccionario. ¡Qué más quisiera yo que mucha libertad!

—Sobre todo la libertad del vientre.

—A esa me refiero. ¡El vientre libre! ¿Puede haber ideal más hermoso?

—Concluya usted de desabrocharse por completo. A mí no me espanta nada.



—Bueno, ¿pero y si lo sabe Silvela y me saca en una de sus conferencias sobre la Moral? Mire usted que D. Francisco es un hombre temible. Desde que se retiró de la política, no hace más que fijarse en los políticos para lanzarles pullas por medio de la Etica.

—No tenga usted cuidado. Silvela no sabrá nada; siempre le ha sucedido lo mismo.

—En esa confianza, me suelto del todo.

—Ya lo he notado.

—Y ahora hablaremos. ¡Qué bien se está así! Me parezco a mí mismo otra persona. Pues, bueno, Gedeón, ha de saber usted que yo soy un hombre conciliador y parlamentario.

—Siempre había creído que le adornaban ambas condiciones.

—Tan conciliador, que una sola vez he reñido en mi vida.

—¿Con quién?

—Con mi vecino Allendesalazar.

—Oiga, ¿y por qué riñeron ustedes?

—Por quién conciliaba antes el sueño.

—No diga usted más.

—Y tan parlamentario, que no puedo vivir sin Cámaras.

—Naturalmente, estallaré usted.

—Siendo esas dos notas las características de mi personalidad (salvo lo que está a la vista), todo Gobierno que yo forme tiene que ser conciliador y parlamentario.

—¿Qué duda cabe!

—Y conciliador, ó no significa nada, ó significa enemigo de grescas; y parlamentario, si no me equivoco, quiere decir que gobernará con las Cortes abiertas herméticamente.

—Habla usted, D. Marcelo, como un libro; más diré, ¡como un volumen! Bien hizo usted en desabrocharse: ¡las cosas que tenía dentro!

—Pues bien, querido Gedeón, he aquí mis dudas, las dudas que acibaran mi existencia (además del cinturón), y que me hacen ir en angustiosa consulta de casa de Maura a casa de Dato, de casa de Dato a casa de Vega Armijo, de casa de Vega Armijo a casa de Moret, de casa de Moret a casa de usted, como si fuera un carro de mudanzas de Del Rieu en época de epidemias. ¿Se puede ser conciliador y parlamentario al propio tiempo? ¡He ahí la terrible interrogación que me oprime el vientre como un círculo de hierro!

—Grave es la consulta, D. Marcelo, y antes de contestarle desearía saber lo que han opinado esos colegas míos que usted

acaba de nombrar. ¿Qué piensan Maura, Dato, Vega Armijo y Moret acerca de eso?

—Todos ellos me han dicho que, como parlamentario, debo ir inmediatamente a las Cortes; pero que en cuanto abra las Cortes habrá en ellas una gresca de dos mil demonios (¡Jesús me valga y me perdone el haber citado al Malo!). De suerte que lo que gane como parlamentario, lo pierdo como conciliador, y he

ahí mi apuro, porque yo adoro al Parlamento, pero no quiero reñir con nadie, ¡eso no! Y ahora le pregunto a usted con todo el vientre fuera: ¿qué hago? ¡Sáqueme de esas dudas! ¡Sálveme, Gedeón!

—¡Caramba, caramba, caramba! ¡qué conflicto, D. Marcelo!

—¡Terrible, terrible, amigo mío!

—No se agite usted, ¡por Dios! que cruje mucho la butaca. Reflexionemos tranquila y serenamente. Vamos a ver. El Gobierno que usted preside es un Gobierno parlamentario, ¿pero no podría ser un Gobierno parlamentario sin Parlamento?

—¿Cómo?

—¿No hay abogados sin pleitos y médicos sin clientes? Pues lo mismo puede uno ser parlamentario sin discusiones parlamentarias.

—Admirable, Gedeón; tiene usted casi tanto talento como Ugarte.

—Pero figurémonos que, a pesar de todo, abre usted las Cortes. Apenas el sumiso Romero Robledo agite el gobierno civil de Sevilla y declare abierta la sesión, ¡zas! se arma la tremolina. Entonces a usted le levantan sus compañeros del banco azul, y grita: «¡Calma, señores, que yo soy muy conciliador y muy parlamentario! ¿Qué se discute con tal apasionamiento? ¿la crisis última? Pues entendámonos. La crisis se hizo para nombrar jefe del Estado Mayor al general Polavieja, ¿no es cierto? Pues ya está nombrado; entonces, ¿qué es lo que vais a discutir? Comprendo vuestra indignación si no se hubiera hecho el nombramiento; pero realizado éste, ¿qué justifica vuestros ardores?»

—¿Y cree usted que con eso les calmaré?

—Me temo mucho que no.

—¿Entonces no puedo ser conciliador si soy parlamentario?

—¡Ay, D. Marcelo, en qué lío se ha metido usted, y todo por una colilla!

—¡Calle usted, calle usted, Gedeón, estoy desesperado! ¡me dan ganas de enflaquecer! ¡Esta situación mía es espantosa!

—¡Por Dios, que cruje mucho la butaca!

—Pues bien, ¡que se hunda!

—¡D. Marcelo, pero eso es un suicidio! Si la butaca se hunde y usted cae, el piso se abre y el vientre estalla en la portería.

—Nada me importa ya, ¡rayos y truenos! ¡condenación! ¡ábrase la tierra! ¡trágueme el averno!



CUANDO EL DIABLO NO TIENE QUE HACER...

GEDIÓN.—QUERIDO MONSIEUR COMBES, AHORA QUE NO TIENE USTED QUE HACER, ¿QUIERE USTED VENIRSE AQUÍ A MATAR MOSCAS CON EL RABO?

—¡Jesús! el final de *Don Alvaro ó la fuerza del sino* representado por Azcárraga en una butaca y con los pantalones sueltos. ¡Favor! ¡guardias! ¡vecinos! ¡socorro! ¡Calínez, Cóngriez, á mi!

Húndese la butaca, cae y estalla don Marcelo; la grasa invade la habitación. Entran guardias, vecinos y Laciervas. Los periódicos publican extraordinarios con la caída y explosión de D. Marcelo, y sobre el túmulo de su vientre graba Calínez con mano trémula la siguiente inscripción:

Aquí yace un hombre muy conciliador y muy parlamentario que no concilió nada ni fué al Parlamento. ¡Las cabras tristes lloran por él!

DEL ROMERAL

A Romero Robledo le ha molestado ver sus «últimas declaraciones» impresas en *El Imparcial* y en el *Heraldo*. Y, siguiendo la vieja costumbre de los viejos políticos, las niega por completo.

Bien empleado les está á esos apreciables periódicos, por haber «inflado» este asunto de la romería de Romeral... ¡Allá se las entiendan con el Sr. Presidente del Congreso!... Pero Gedeón se hace cargo de sus rectificaciones y las hace públicas para que se extiendan por todas partes.

Romero tiene empeño en que se sepa

que, al lamentarse de ciertos olvidos, no llamó «mentecatos» á los políticos que han alcanzado el honor de presidir un Gobierno con menos merecimientos que él.

No, no los llamó «mentecatos»... Gedeón sabe cuál fué el adjetivo... Los llamó... los llamó... En fin, *eso* en que se guardan las espadas y los guisantes.

¡Oh pequeño batallador! Charla y molesta cuanto quieras, sin perjuicio de rectificar los juicios que te correspondan!... Pero haz el favor de ser generoso con tus huéspedes, aunque luego les desmientas. Porque es fama que en tu magnífica residencia del Romeral ¡das muy mal de comer!... Y esto es intolerable.



GEDEÓN, MORENO

Andrónica... ¿Quo vadis?... Lysistrata...
 ¡Por las barbas de Júpiter!... ¿Qué es esto?...
 ¡Dejé de ser, acaso, ciudadano
 del siglo veinte y de Madrid?... ¡Los dioses
 por un capricho, respetable siempre,
 nos han vuelto á la edad enaltecida
 por los jóvenes vates, mis amigos?



¡Es posible!... Yo miro á los carteles
 de las anunciadoras, y allí veo
 nombres de otras edades... Ya no lucen,
 en letras rojas, las variadas piezas
 sus títulos de un puro castellano...
Pa mi que nieva y *El puñao de rosas*,
La corria de toros... sepultadas
 quedaron de la moda por capricho;
 y ahora volvemos á evocar los tiempos
 que nunca volverán...

En la Zarzuela
 nos han dado, con música de Linke,
 que es un Chueka inspirado de Alemania,
 cierta especie de extracto de la hermosa
 comedia de Aristófanes. Le aplaudo
 por su intención, y porque siempre es bueno
 las horas evocar de la opereta,
 que levantan el ánimo...

Mendoza,
 para echar un remiendo al repertorio,
 la *Andrónica* nos brinda, drama trágico
 de Guimerá, que ha puesto en nuestra lengua
 y en verso libre, que me gusta mucho,
 mi cofrade Luis López-Ballesteros.
 Esta especie de Sófocles con gotas,
 este buen Guimerá, catalanista,
 ¿por qué estrena sus obras en la Corte
 primero que en la noble Barcelona?
 ¿Por qué, si solicita nuestro aplauso,
 dice después que somos unos quesos,
 ó algo peor? ¡Misterio inexplicable
 que yo respetaría si sus obras
 me agradaran del todo!... Pero ¡magras!...
 (Que no es clásico el ¡magras! reconozco,
 mas hablo en verso libre, y es muy justo
 que una pequeña libertad me tome.)
Andrónica, tragedia, es la aventura
 de una monja patriótica que muere
 por un pinchazo que la da Palanca
 —más gordo y más ministro que Marcelo.—
 La acción pasa en la corte de Anatolia
 y en los lejanos tiempos de Bizancio,
 como puede pasar en Miguelturra

ó en Colmenar de Oreja... ¡Que el ambiente
 no se ve por allí, como hemos dicho
 los concienzudos críticos del día!...
 Sale un rey decadente, que es Fernando,
 vestido como un rey de la baraja,
 que está muy propio; y la mugrienta plebe,
 ya le aplaude, ya mina sus derechos,
 conforme al plan por Guimerá trazado...
 Así en los cuatro cuadros sólo se oyen
 los gritos y las voces que da el pueblo,
 quien, como es natural, nada consigue.
 ¡No pasan diez minutos sin rumores,
 igual que en el Congreso!... ¡Qué gargantas!
 ¡Y qué nombres figuran en la obrita:
 Nicéforo y Heráclias y Gelasio,
 y Livanio y Nikelas y Pacomio!...
 ¡Dulces camelos que ligeramente
 nos hacen sonreír!... Del fondo salen
 de algún «Compendio» pobre é ignorado,
 como para ilustrarnos. Me recuerdan
 aquellos otros que en mi edad temprana
 me causaban placer: Furcio, Eskumicio,
 Candelereze, Eskiomias; ó los nuevos
 que los golfos errátiles y astrosos
 gustan de pronunciar: Ninchi, Coninchi...
 Mas dejemos las glorias bizantinas
 del teatro Español, y á la Princesa
 vayamos en tranvía—¡oh dioses grandes!...
 ¿para cuándo el alígero Mercurio?... —
 ¡Hay que ver el *¿Quo vadis?* á la Fábregas,
 que está de *buten* en la tierna Liguria!...
 Y hay que admirar los biceps del amigo



buscado para el Urso expresamente,
 que la lleva lo mismo que una pluma,
 y eso que es amplia de verdad Virginia...
 ¡Re-Júpiter, qué juerza! ¡A Castellano
 se lo puede meter en el bolsillo
 de arriba del chaleco...! En el *¿Quo vadis?*
 hay músicas y bailes y festines,
 y se levanta la dorada copa
 (de cartón, claro está) por Enobarbo,
 que suelta versos como el más riposo

de los vates presentes y futuros.
 Hay su miaja de lucha en el antiguo
 Circo de Roma, donde va más gente
 para ver espichar á los cristianos
 que la que acude á Price, también Circo,
 para escuchar las penas de un socia
 ó el estertor de un bajo. Emilio Thuillier,
 con su barbita que termina en punta,
 su traje bien planchado, sus sandalias
 de airoso corte y su cintita roja
 con lazo en la abundosa cabellera,
 se siente remozar haciendo el Arbitro
 de la Elegancia, ¡el triunfador Petronio!



¡Adios, Petronio... Gal, pues tu cabello
 recobra la abundancia de otros días!...
 El simpático actor, Cardona, el listo,
 paisano del arreglo—un mexicano
 de la novela lo sacó, en su tierra,—
 la parte de Vinicio nos ofrece,
 y es Vinicio con seltzcio, mi palabra...
 Y allí se escucha del apóstol Pedro
 la plática elocuente, aunque latosa,
 pues el actor, aparte del cayado,
 por su tono, su aspecto y su discurso,
 de Rodríguez San Pedro nos recuerda
 la figura inmortal... ¡Entren, señores,
 que es vistoso el *¿Quo Vadis?* y es ameno!
 Y ya que en los teatros nos ofrecen

como único manjar esas variadas
 producciones con trajes y telones
 para pasar el rato... ¡qué demonio!...
 vayamos como chicos de la escuela
 mientras no haya otra cosa... Al fin y al cabo,
 la vida es corta y Don Marcelo es triste...
 Después de este consejo y de esta cita,
 me retiro corriendo por el foro...
 ¡Y que las Parcas hilen, hijos míos,
 de vuestra vida el hilo en rucas de oro!

COPLAS NUEVAS

DEL BONITO TANGO DEL «TRI-PÓN», DE «EL POBRE DON MARCELO» (PARODIA DEL TANGO DEL «POM-POM»; DE «EL POBRE VALBUENA»), CON SU MÚSICA Y TODO, PARA QUE LAS CANTEN LOS DIPUTADOS RURALES]

Tri- pón, pobre Marcelo sin querer vas muy pronto á tener la gran indigestión. Tri-
 pón. y en el Congreso adelgazar ve- ras tu sin-gu-lar Tri- pón
 Por algo á ti te lla-man como asis-ten- ta, Tri pon para pasar un ra-
 to de distrac- cion, Tri pon pe ro ve ras que pronto te dan la
 cuen ta. Tri pon. y un punta pie en el dorso sin di si- mulo ni com pa-
 sión. Tri pon pon

1.^a
 Tri-pón,
 pobre Marcelo, sin querer
 vas muy pronto á tener
 la gran indigestión,
 Tri-pón,
 y en el Congreso adelgazar
 verás tu singular
 Tri-pón.
 Por algo á ti te llaman
 como asistenta,
 Tri-pón,
 para pasar un rato
 de distracción,
 Tri-pón,
 pero verás que pronto
 te dan la cuenta
 y un puntapié en el... dorso
 sin disimulo
 ni compasión,
 Tri-pón, etc.

2.^a
 Mar-qués,
 puedes tocarte la nariz,
 pues mira qué cariz
 á este Gobierno ves...
 Mar-qués,
 la cabra triste va á balar,
 diciendo:— Hay que ahuecar,
 Mar-qués.
 No me pongas, Vadillo,
 cara de acelga,
 Mar-qués,
 mira que yo te miro
 con interés,
 Mar-qués,
 y no te preocupe
 motín ni huelga,
 puesto que muy en breve,
 noble percebe,
 saldrás por pies,
 Mar-qués, etc.

3.^a
 To-más,
 la carterita y nada más
 muy pronto á otro señor
 con pena dejarás...
 To-más,
 ¡ay, qué poquito á durar vas!
 ¡cuánto lo sentirás,
 To-más!
 Si acaso te empeñases
 en ser molesto,
 To-más,
 tus pequeños designios
 no lograrás,
 To-más,
 ni harás que al fin te aprueben
 el presupuesto,
 y las pobres pesetas
 á hacer... cuartetas
 nos mandarás,
 To-más, etc.

4.^a
 Cam-póo,
 ¿por qué en Estado se coló?
 Porque habla algo el francés
 y sabe decir yes...
 Cam-póo,
 ¿qué habrá bajo esos bisonés?
 me lo figuro yo,
 Cam-póo.
 Hay tontos que le llaman
 casamentero,
 Cam-póo,
 y él de lo que otros traman
 no se enteró,
 Cam-póo,
 ¡ay, señores, qué congrio
 tan sandunguero!
 menos mal, que yo espero
 que hacia Febrero
 le harán ¡Tableau!
 Cam-póo, etc.

5.^a
 Sa-gaz
 Ugarte, tú eres muy capaz
 de arder en un candil
 el Código civil...
 Sa-gaz,
 y si te dejan á ti hacer,
 no nos dejas en paz,
 Sa-gaz.
 Verte en Gracia y Justicia,
 sagaz Ugarte,
 Sa-gaz,
 me parece ya el colmo
 de lo procaz,
 Sa-gaz,
 y no veo la hora
 de despacharte,
 dejando tus camelos
 de los Marcelos
 para solaz,
 Sa-gaz, etc.

6.^a
 Don-Juan,
 el de la Cierva y Peñafiel,
 en Murcia ¡cómo están
 al verte... tan barbián!
 Don-Juan,
 es cosa rica la Instrucción
 y el Arte... es de pistón,
 Don-Juan.
 En Bolonia sentiste
 crecer la hierba,
 Don-Juan,
 y de hacer... bolonias
 tienes afán,
 Don-Juan,
 pero tú no harás nada,
 mi buen Lacierva,
 que en el Pardo habrá ojeo
 y un buen meneo
 te pegarán,
 Don-Juan, etc.

7.^a
 Pe-pín,
 si echas de menos una o,
 se la puedes pedir
 á Aguilar de Campóo...
 Pe-pín,
 cara de anciano serafín,
 sabrás que murió Prim,
 Pe-pín.
 Si quieres reformarnos
 la Agricultura,
 Pe-pín,
 Cárdenas de mi vida,
 tendrás mal fin,
 Pe-pín,
 mira que esa cartera
 no está segura,
 y que antes de un trimestre,
 niffo campestre,
 te irás, monín,
 Pe-pín, etc.

8.^a
 Vi-llar,
 ¿á quién le piensas fusilar
 el plan generador
 del Estado Mayor?
 Vi-llar,
 aunque eres César... al firmar,
 no vas á resultar,
 Vi-llar.
 Aunque tienes, hijito,
 buena estatura,
 Vi-llar,
 y la barba con arte
 sueles cuidar,
 Vi-llar,
 que vas á equivocarte
 se me figura,
 y un chasco verdadero
 tu peluquero
 se va á llevar,
 Vi-llar, etc.

Co-bián,
 si es una *cobia* el verte aquí,
 marinos hay que aún
 mucho esperan de ti,
 Co-bián,
 no sé lo que ellos pensarán,
 ni lo que en ti verán,
 Co-bián.
 Navegando entre pleitos
 cobraste fama,
 Co-bián,
 y cobraste minutas
 con *grande afán*,
 Co-bián,
 y como hay quien al verte
 todo se escama,
 muchos, nuevo Neptuno
 con entusiasmo
 te aclamarán,
 Co-bián, etc.



Seamos azcarraguinos

Cuando fué llamado con urgencias de comadrón al último parto político el aguerrido D. Marcelo, Gedeón declaró con absoluta sinceridad, después de conocer la lista grande de los ministros, que por primera vez en su larga, aunque ignorada carrera política, iba á prestar su más generoso apoyo y benevolencia al Gabinete que á vuelta de largas horas de coche había conseguido reunir el invicto sí que también reverendo general. Maura tiene ya un meritorio de rotativo: pues Azcárraga no ha de ser menos, nos dijimos, y nuestra profesión de fe azcarraguina, rotunda, penetrante, hizo pálidos los más exaltados y bombásticos juicios de *La Época*, especie de boletín oficial de todas las subastas conservadoras.

Muy ingratos seríamos si en estos momentos angustiosos, difíciles, en que don Marcelo lucha como un buen padre para sacar adelante los chiquitines de su Ministerio, le abandonásemos.

¡Con razón se nos motejaría de tornadizos y fugaces!

¡Antes abandonaría Moret á Aguilera, Loreto á Chicote y Toribio á Ramos Carrión, las uniones más entrañables que conocemos, que nosotros al celoso capitán Araña de nuestra última guerra!

Se combate al beatífico D. Marcelo injustamente, se extreman con él la saña, las malas artes, creyéndole funesto por su esterilidad para toda obra de gobierno.

¡Declararle estéril! ¡Estéril á un hombre que produce, apenas sin concebirlos, siete consejeros de un golpe, y que aún no repuesto de su alumbramiento, lanza otro más en pleno Ministerio de Marina!

Muy al contrario, Gedeón declara sin acicates ni espoleos que la permanencia de Azcárraga en las cumbres gubernamentales es no solamente beneficiosa para el país, sino en absoluto necesaria y tan reconstituyente como el agua de Loeches.

¿Que D. Marcelo se resiste á ir á las Cortes?

Hacé muy bien, si sabe que el manzanillo proyecta su sombra funesta sobre el banco azul.

Además, aquí, entre nosotros, las Cortes ¿sirven para algo? Meses enteros estuvieron abiertas con luz, taquígrafos, caramelos y frases de Maura, y maldito si

en tantos días se ha aprobado ni un solo artículo de ley ventajoso, saludable y tónico para el país.

Por esa y no por otra razón rehuye el general la continuación de la legislatura, porque está advertido del tiempo que se pierde discutiendo, tiempo que necesita para legislar desde la *Gaceta* con el sabio concurso de sus polluelos ministeriales.

Que la opinión pública tiene absoluta confianza en este Gobierno, lo demuestra el alza con que fué recibido el nombramiento de Castellano, sin duda al verle tan pequeño. Y efectivamente, no bien se enteraron los francos de que Tomasín entraba en Hacienda, con una galantería que les honra se pusieron á su altura.

¡Pues esa carambola se le fué á don Guillermo Latisbury!

¿El arrogante César no procedió en seguida al nombramiento de Polavieja?

¿Qué necesitaba el Estado Mayor? ¿Un general cristiano antes que otra cosa? ¡Pues ni una palabra más! ¡Y nos lo colocaron á gusto de todos! Vadillo, el propio Vadillo, hasta en lo del mirar triste le lleva ventaja á Sánchez Guerra. Son los ojos del marqués dulcemente lánguidos, como dicen que los tiene la pequeña de las de Connaught. Así que no hay gobernador que pueda resistir una mirada de Vadillo sin sentir ciertos espasmos voluptuosos.

De D. Ventura de Campóo no hay que hablar; es decir, si hay que hablar, y en elogio suyo. ¿Quién duda que la paz de Marruecos está asegurada merced á nuestro primer peluquín diplomático? ¡Ya lo hubiera querido Loubet para el último conflicto!

Cárdenas, celoso de las conferencias que sobre Agricultura—su flaco—han comenzado á darse en los cuarteles, sin tener en cuenta que por reclutarse la mayor parte de los soldados entre gente del campo y labradora, saben prácticamente de agricultura mucho más que los conferenciantes, ha dispuesto en delicioso viceversa que varios jefes de Negociado de su Ministerio salgan por los pueblos á enseñar la instrucción militar á los labriegos.

Ugarte, con un admirable sentido de la realidad, se ha dicho: «Vale más lo malo conocido que lo bueno que yo pueda hacer»; y efectivamente, de un saldo de leyes que ha encontrado en su departamento, procedente de anteriores ministros, se dispone á hacer un pan jurídico falto de peso desde luego.

Cobián ya lo ha dicho sinceramente: «Por ahora no podemos tener Marina, ni soñar con acorazados ni otros preservativos, pero eso sí, nadie nos impide que vayamos pensando en ella.» Y el buen ministro se dispone á hacer solitarios hasta que le avisen para el primer bautizo.

¿Y á un Ministerio que hace con tanta modestia tan plausibles declaraciones se le puede en justicia combatir?

¿A un D. Marcelo obediente, eterno viajante de Scila (Maura) á Caribdis (Silvela), dócil con el propio Ugarte y más inocente que el borrego que le cuelga hace ya un rato, es decoroso ponerle botones de fuego periodísticos en su immaculado vientre?

No y mil veces no. D. Marcelo es una institución sólida, fundamental. Que abdicara Silvela, bien; que se fuese Vi-

llaverde, bien; que echasen á Maura, mejor; pero irse D. Marcelo... ¡Antes preferimos morir abrasados en las estufas de Montero Ríos!



Diálogos marcelónicos

Ah, ya estas aquí, mi buen Ugarte! ¿Qué dice por ahí la gente? ¿Qué se piensa de nosotros? Dime la verdad, por dolorosa y terrible que sea.

—Pues la verdad es que nos consideran como un intermedio cómico de circo.

—¿De modo que tú crees que no debemos ir á las Cortes?

—¡Nunca! ¡Antes á un mitin libre-pensador! Y ya conoce usted mis ideas en este punto, siendo como soy secretario del Círculo Católico.

—Pues entonces, ¿qué va á hacer el pobre Lacierva, á quien hemos llevado al Ministerio en clase de elocuente? ¡Va á dar un reventón si se le pudren los discursos dentro!

—¿Y Silvela? ¿Y Dato? ¿Y Villaverde? ¿Y el Todopoderoso, ya me entiende usted, Maura? ¿Los ha visto?

—¡Ay, Ugartínez! ¡Como que no hago otra cosa en todo el día! ¡Con decirte que hasta los caballos del coche, cuando monto, vuelven la cabeza y me miran como diciendo: «¡Pero qué molesto es el tío este de la barriguita!» De la mañana á la noche me la paso de visiteo, y todos me contestan lo mismo que las novias sensibles de mi tiempo: Silvela, que lo pensará; Maura, que ya veremos; Villaverde, que si voy con buen fin; Dato, que según el dote que lleve. Te digo que estoy hasta los tres únicos pelos que me quedan harto de tanta y tanta contradanza. Ayer he visto á Vega Armijo, luego veré á Montero, á Moret, etc.; hasta el último diputado

iré mi orgullo á postrar,

como Tenorio. Y si es preciso visitaré á los maceros á domicilio. ¡Todo antes que veros á vosotros cesantes y con la cara más larga que Vadillo!

Por hoy no tengo otra preocupación que esa, y lo que ayer me dijo un pobre al darle una limosna: «¡Que Dios se lo aumente!» ¡Puedes creerme, Ugartínez, que instintivamente me llevé las manos al abdomen y suspiré mirando al cielo!



... Y armas al hombro

El último Consejo de ministros ha sido más ridículo, si cabe, que los anteriores.

—¿Se abrirán las Cortes?—preguntó un curioso.

—No,—dijo Cobián.

—Sí,—replicó Castellano.

—¡Qué sé yo!—regurgitó el Presidente, entre dos borborismos.

«Esto—escribe un colega comentándolo—no es un Consejo de ministros; es una consulta de médicos á la cabecera de un enfermo desahuciado.»

No estamos conformes con el colega.

Médicos parecen, pero son veterinarios. ¡Conocemos muy bien al enfermo!



Y para nosotros que ningún errador de esos le cura.

Ha dejado de dirigir España (ojo y letra cursiva, compadre Regleta), es decir, el periódico *España*, nuestro respetable amigo el ilustre profesor de Maquinaria política D. Manuel Troyano.

Y ha entrado á dirigir el apreciable colega nuestro también amigo, aunque no tan respetable, porque tiene menos años, D. Salvador Canals, no sabemos si profesor de Maquinaria ó profesor de energía, como decimos ahora.

Claro está, por consiguiente, que la *España* de ahora es una continuación del difunto *Español* (q. e. p. d.), órgano de Maura (q. e. g. e.). ¡España! ¡El Español!

¡Qué afición tiene Maura á jugar con las cosas más respetables!



Y como no es más que un niño mal educado, luego se cansa y las rompe.

Circula con insistencia el rumor de que Silvela (D. Francisco) vuelve á la Política, respetable y anciana señora de quien decía estar divorciado, pero á quien seguía haciendo cocos en secreto.

Es natural que así sea, y lo celebramos por la Moral.

Tantos trapicheos con la Etica, ese pendón que le ha dejado en tan mal lugar, tenían que acabar con una reconciliación y una vuelta al hogar amoroso de la señá Política.



Vaya, vaya, nos alegramos infinito de la reconciliación, D. Francisco.

Y guárdenos usted las crías.

Sea ó no sea cierto el rumor, son muchos ya los que lo repiten.

Y hay quien afirma haber visto á don Francisco amolando su tradicional daga florentina.

En esto último hay algo de verdad.

Porque nosotros le hemos visto hacer eso en el Ateneo.



Sólo que no se le veía la daga.

En otro lugar de este número se hace referencia á los apuros que ha pasado Thuillier para encontrar un actor ó figurante con la fuerza suficiente para levantar en vilo á la Sra. Fábregas, que hace el papel de Ligia en *Quo vadis?*

(¡Parece mentira! ¡Una mujer tan suave... vamos, que nos figuramos nosotros tan suavcita, hacer el papel de Ligia! ¡Qué chistecito tan desagradable!)

La Sra. Fábregas, de quien muchos afirman que es una Venus, pesa, según se dice, más de cien kilos, es decir, próximamente cincuenta kilos más que la Venus de Milo y que la de Médicis, y unos cuarenta más que la Venus calipigia, que es á quien se parece algo.

Pero dejando (con la natural pena) á la Sra. Fábregas, vamos á darle á Thuillier un disgusto.

Sabemos que en breve se va á quedar sin Urso.

A ese forzado actor anda haciéndole la rueda, ¿quién dirán ustedes? El propio Presidente del Consejo de Ministros.

El cual pesa unos kilitos más que la señora Fábregas, y también necesita que le saquen de escena en brazos.



Ya han comenzado los ensayos, por las tardes, en la Presidencia.

Llega Urso, agarra á D. Marcelo y trata de levantarlo.

Esto no le cuesta mucho trabajo, porque ya el buen señor está en vilo hace unos días.

—¿Qué hacen ustedes?—pregunta Cobián.

—¿Quo vadis?—contesta D. Marcelo, siempre concienzudo.

Eso pregunto yo,—dice Cobián, que está fuerte en latines.

Y ni uno ni otro, ó acaso los dos, sospechan que en cuanto alguien les pregunte ¿Quo vadis? tendrán que decir:—«Adonde se fué el R. P. Padilla.»

Dió Mariquita Borientos su función de despedida; los abonados *lucíos* quedaron y ella *Lucía*.

Conque ahora, señor de Arana, nos quedamos en familia, acá los del gallinero gritando como gallinas, y abajo en el escenario los maridos de las mismas.



Arana de mis pecados, ¡vaya una temporadita! ¡Y hablan de peseta enferma los pobres villaverdistas! El Real sí que está enfermísimo, y no hay quien le dé la vida.

Estamos entusiasmados todos con eso de los duques de Connaught.

Hasta ahora sólo nos ocurre una pequeña dificultad ortográfica.

Gedeón lee el nombre ese: Connaught.



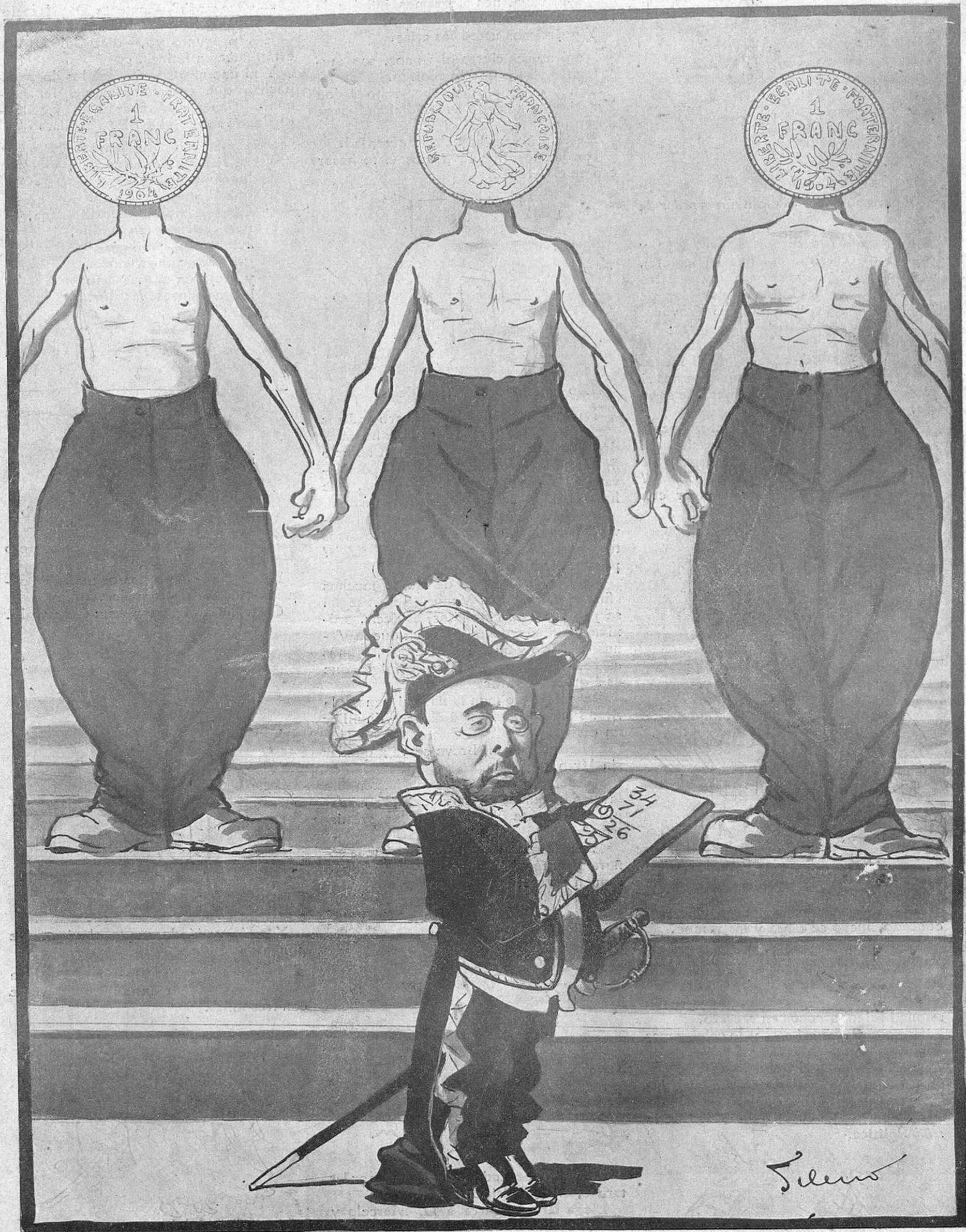
Y está temiéndose que alguien... le ponga una tilde.

Uno de estos días esperamos la visita de otro señor extranjero que viene con tres niñas.



Y que se las trae, como solemos decir en términos diplomáticos.

Se asegura que ha llegado el momento de hacer el primo.



LOS FRANCOS COMIENZAN A BAJAR

... PERO POR MUCHO QUE BAJEN, NO LLEGARÁN «Á LA PAR» DEL MINISTRO